

el fracaso escolar

Las reacciones de la familia ante el fracaso escolar

(CUARTA PARTE)



Hablamos de *reacciones* porque suponemos que tiene que haber fracaso por ahora, y en grandes cantidades, tal como está el mundo pedagógico y familiar.

Para que no hubiera fracaso, además de la verdadera profesionalización de los educadores, el número adecuado de alumnos por aula, los medios y métodos activos etc., sería necesario que la familia fuera equilibrada, serena, dialogante, firme y, sobre todo, que estuviera dispuesta a no querer forzar al niño más allá del nivel o tipo de estudios que puede alcanzar; para lo cual tendría que haber, de hecho, una gama de posibilidades escolares bien programadas y realizadas pedagógicamente. Y aunque todo eso estuviera realizado aún quedaría el niño con sus problemas temperamentales, caracteriales, evolutivos y personales-ocasionales...

Ahora bien, una de las soluciones más claras del fracaso es el *saber reaccionar bien* en el momento del descabro, o durante la «temporada baja» de la criatura. Porque si se reacciona mal, aumentará el fracaso en cantidad y calidad, más tiempo y más profundo, más extendido a materias escolares o a facetas de la personalidad.

1.—LAS REACCIONES NEGATIVAS USUALES ANTE LAS CALIFICACIONES ESCOLARES Y OTROS INFORMES O SINTOMAS DE FRACASO

1.1.—EL DESAHOGO EXTRA-FAMILIAR

Vd. no quiere estudiar la situación, no quiere entrar dentro de sí, del estilo de la familia, ni tampoco del niño y lo

que le puede pasar realmente a él; Vd. lo que quiere es desahogarse, desahogar su amor propio herido (es muy vulgar esto, lo confieso, pero es universalmente real). En las paradas del autobús escolar, en las cafeterías de la ciudad, en las peluquerías de señoras se teje una red de interpretaciones apasionadas y, por lo tanto, falsas de los suspensos del profesor tal o del colegio cual. Pasan los siglos y también sigue vigente otra vulgaridad, que del profesor que sabe agazaparse ingeniosamente y aprobar fácilmente, aún a costa de no exigir ni crear hábitos de estudio serios, etc. de ese nadie se queja.

Tal profesor es un inútil, tal otro explica mal...; se hacen o propagan estadísticas incompletas sobre los suspensos de un curso. Una señora le dijo un día al Jefe de Estudios de un centro que en Tercero de BUP había excesivo

fracaso escolar, y ante la opinión contraria del educador, ella se lo llegó a discutir y se reafirmó en su pensamiento, «porque se dice eso por la ciudad». Es la frustración de unos padres despechados, es la coacción de la sociedad que hace de grupo de presión.

En primer lugar, las notas que se reciben en casa son algo íntimo, secreto, es un juicio de valor sobre una persona.

Hay que reaccionar con *respeto* al niño o adolescente. Las notas no son para echarlas a rodar entre las amistades o cualquier persona que te pare en la esquina de la calle. Tampoco son para presumir de notas cuando son buenas, porque se crea en quienes lo escuchan unos sentimientos de agresividad contra el niño y sus educadores, además del celo o envidia consiguiente que se lleva la persona presuntuosa. Y si más adelante el niño se vuelve mal estudiante no se podrá presumir y aparecerá un desahogo negativo aún mayor.

Las notas son para dialogarlas, estudiarlas, buscar causas —pero todas, no sólo las del niño— y trazar un plan de recuperación de acuerdo con el chico.

En segundo lugar, sólo el centro educativo es el interlocutor válido en este asunto, además del alumno. Sólo la Junta de Profesores de un curso, cuando se reúne en Sesión de Evaluación es la intérprete autorizada de lo que significan esas notas; si es un mero traspies del chico o si es una actitud claramente insatisfactoria; o si se trata de buena actitud del niño pero mal rendimiento, lo cual abre una seria interrogación acerca de las causas familiares, personales, pedagógicas, etc. del caso. Solamente es con ese organismo autorizado, a través del Tutor, con quien hay que consultar y dialogar.

Además de todas las causas dichas, todavía hay un montón de circunstancias de vida escolar que influyen en las malas notas. Después del verano y de Navidad suelen ser peores las notas que en las evaluaciones inmediatamente anteriores a las vacaciones; primero, porque el chico que se descuidó reacciona un poco, y segundo, porque entran en acción ciertas motivaciones positivas o negativas ante el periodo de vacaciones. Otras veces, sobre todo en la adolescencia, se producen misteriosas corrientes de apatía en un curso entero, nadie se preocupa ni prepara las cosas y llueven los suspensos. *Atención: no entra ahora en el problema de si el sistema actual de notas es el mejor, y cómo debería llevarse a cabo una evaluación continua; creo, desde luego, que las cosas no se hacen bien y que el sistema de notas, a veces, empeora la situación; pero mientras se inventan otras cosas claramente mejores, hay que utilizar bien los sistemas que tenemos. Y una parte del buen uso es la*



buena reacción familiar después de unos resultados evaluativos.

También hay que decir que no es lo mismo el rigor y precisión con que se lleva a cabo la calificación de un examen parcial o parte de asignatura, cuando es poca materia, que una evaluación global al final del curso. Siempre hay muchos más suspensos en un periodo escolar parcial que en el momento de dar el pase global de la asignatura en su conjunto, en el que se tienen más en cuenta toda la actitud del curso, la reacción buena de los últimos meses, otros trabajos y actividades del alumno, etc. Es decir, muchas veces hay suspensos que no significan fracaso escolar, y la reacción mala de la familia complica las cosas y provoca tensiones inútiles en los alumnos y malas relaciones humanas. Desde luego cada centro debería tener un sistema de información que aclarase a los padres cuándo el suspenso es serio o cuándo es el desliz de un alumno sin problema de falta de base en tal asignatura. Hay padres «indignados» porque a su hijo le han suspendido en Lengua, «cuando nunca tuvo suspensos en cuatro años que lleva de colegio». Hay alarmas e indignaciones que empeoran las relaciones humanas familia-colegio, y como todo ello se dice delante de los hijos, también se empeoran las relaciones humanas alumno-profesor, lo cual no es bueno para el rendimiento académico. Es sabido que las reacciones familiares negativas, contra ciertos profesores que suspenden, producen inhibiciones en los alumnos.

1.2.—LOS DESAHOGOS INTRAFAMILIARES

Son las tragedias familiares, el perder los nervios, y la ansiedad. El hijo es

insultado públicamente en casa (y ante los vecinos y demás conocidos). Ironías, desprecio, ruptura de diálogo y, sobre todo, algo que el niño siente como ruptura de cariño o aprecio. Y luego nos damos cuenta y nos vienen remordimientos, culpabilidad, con lo que acudimos a inoportunas «compensaciones» de dejar hacer, no exigir tanto, dar permisos o dinero excesivo, buscar a destiempo el cariño de los hijos, es decir, darles armas para su chantaje afectivo.

Otra forma de desahogo son los castigos improcedentes, esas prohibiciones absolutas (no más salidas, no más propinas, no más televisión, etc.) y los castigos físicos. Es malo caer en el mecanismo del castigo como única solución. Hay que tener en cuenta que el castigo no arregla nada. La multa o la prisión no arreglan al delincuente, sino que protegen a la sociedad. En educación el castigo es sólo un frenazo que puede hacer pensar y rectificar. Pero el niño abandonado al castigo no suele pensar cosas positivas. El castigo es bueno cuando da ocasión a un educador para hacer pensar al niño o adolescente y ayudarlo a arreglarse por dentro. Si castigas, y a veces hay que hacerlo, tiene que ser con todas las reglas del juego: sin insultos ni ironías, sin desprecio a la persona, y acompañado siempre de alguna acción positiva de diálogo posterior o ayuda para trazar un plan de recuperación. El desahogo, en cambio, es mal consejero y se cometen abusos y exageraciones que más bien desaniman al hijo perezoso y desordenado.

Piénselo bien de una vez: tanto mal humor y desahogo amargo no es por puro amor y preocupación del hijo; es que ha entrado en juego el amor propio que se siente humillado en ese fracaso.

Las reacciones positivas ante el fracaso escolar

He aquí la verdadera formulación: *Este niño está enfermo de fracaso escolar. La culpa la tenemos todos: la familia, el colegio, la sociedad; los límites económicos que crean centros llenos de alumnos y pobres de medios y tiempo; el pluriempleo que no nos permite estar con los hijos; y también la culpa la tiene el niño que no se domina, pierde el tiempo y no lucha por superar las dificultades.* Pero todos estamos implicados en esta enfermedad.

Por lo tanto, adoptemos una actitud *madura y seria*, no infantil y nerviosa. Revistámonos de paciencia (porque esta enfermedad es delicada y larga), de humor (hay que saber reírse de la propia alarma y tragedia), de respeto, cariño y empatía (para ver las cosas como las ve él), en una palabra de toda la serenidad y equilibrio de que seamos capaces, porque el caso lo requiere. Y no nos hagamos los mártires, por favor, porque *todos somos culpables*. Los fallos de un adolescente suelen reflejar el desequilibrio con que fue educado en su primera infancia.

Supuesta esta actitud básica, se requieren algunas *actuaciones* que consideramos fundamentales:

1) *Realizar una investigación completa de la situación.*

Un problema nunca se presenta aislado. No sólo no estudia, sino que además le pasan otras cosas. Sería necesario tener un esquema de aspectos a investigar en el momento del fracaso escolar serio:

a) Hábitos de estudio: sitio y tiempo que emplea, organización de los tiempos y estrategia del estudio; cómo son sus distracciones; defectos, posiblemente graves, de lectura o escritura; falta de preparación anterior; dificultad de entender o relacionar; ritmo lento; dificultad de memorización o falta total de hábito; técnica del repaso y preparación de exámenes. Hay que analizar, de acuerdo con él, cómo está el niño en estos aspectos y cuáles son los defectos principales.

b) Relaciones afectivas familiares: cómo es el afecto, diálogo, confianza del niño fracasado con su padre, madre, hermanos; si hay celos, envidias, frustraciones en este tema. No digamos fácilmente que no hay nada.

c) Compañerismo y amistad: hay muchachos insatisfechos en este punto, y precisamente en un momento en que para ellos la amistad es una gran necesidad.

Hay chicos y chicas en situación de estabilidad en el terreno de la amistad; y otros en situación de búsqueda ansiosa. Y eso no es lo mismo para la salud



mental del adolescente y su capacidad de rendimiento. Hay quienes se dan por vencidos en su fracaso de amistad y están en un período regresivo, tremendamente introvertido y elaborando una imagen rara de sí mismo. Hay quien tiene amigos que le ayudan, o que le desorientan totalmente. Es necesario hablar y hacerle reflexionar al hijo sobre este importante centro de interés de su vida.

d) Aficiones y tiempo libre: unos tienen aficiones culturales o deportivas estables y satisfactorias; otros no se interesan por nada; otros son volubles como el viento. Unos tienen excesivo dinero de sus padres o de otras fuentes de financiación; otros sufren por no tenerlo en un grado normal. A veces lo usan en vicios prematuros para su edad. El tabaco, el alcohol y la droga son malos, y los excesos sexuales. Pero lo importante es el contexto o ambiente de clan, pandilla, centros de reunión o frecuentación en que el adolescente o preadolescente está cogido como en una red; son las personas que ahora le tienen sugestionado. Y todo esto hay que dialogarlo, saberlo y reflexionarlo con el muchacho para intentar una recuperación del rendimiento que no sea una hipocresía o una ridiculez.

e) Problemas psicológicos y orgánicos: ya lo dijimos anteriormente: no todo se resuelve con atacar a las causas familiares o ambientales, sino que están también las causas de dentro. Hay un temperamento y hay un modo de ser. Los defectos psicológicos profundos, como el nerviosismo temperamental, la apatía, la agresividad como actitud permanente, la obstinación, etc., hay que tratarlos específicamente, o por lo menos hay que dialogarlos muy comprensivamente hasta lograr que el muchacho se ponga en actitud activa y en disposición de hacer algo por y para sí mismo. Esto es más fácil si se logran

despejar los otros problemas que le rodean y que acaban de estar indicados en estos párrafos anteriores. Cuando uno está más libre de problemas afectivos o ambientales, es cuando uno tiene algo de fuerza y humor para meterse en serio a reformar algunos aspectos de su carácter.

Lo mismo decimos de los defectos orgánicos ya aludidos: es necesario un diagnóstico serio y un tratamiento por especialistas.

2) El modo de esta investigación es el diálogo comprensivo y abierto, con calma, seriedad, respeto y empatía. Tiene que ser un diálogo a «tres bandas», familia, hijo y colegio, hasta lograr una mayor objetividad y seguridad acerca de las causas verdaderas en este caso concreto (evitando los tópicos, generalidades y caricaturas estereotipadas sobre los chicos). Se pide una fuerte dosis de consideración humana, igual que la que tenemos con nuestro mejor amigo. ¿Cómo hacemos cuando queremos ayudar a un amigo? Es triste que tengamos que decir que eso es lo que tenemos que hacer con los hijos.

Para este diálogo comprensivo y completo se tendrá siempre en cuenta que todo influye en todo, que el fracaso escolar no sólo ocasiona malas notas o malos veranos, sino que posiblemente ha perturbado muchas cosas en la personalidad del niño y también viceversa.

No se trata de ver con estrechez mental «un problema escolar» de mi hijo, sino de hacerse una idea completa de la *situación problemática de mi hijo, uno de cuyos síntomas es el fracaso escolar*. Y hasta que no adoptemos este punto de vista, no estaremos nunca en situación de ayudarlo eficazmente.

3) *Las láticas recuperatorias concretas.*

Una vez estudiada la *situación con-*

lictiva del niño o adolescente, hay que hacer algo.

Lo primero es no tratar al niño como un objeto de laboratorio, que nosotros estudiamos y deliberamos. Hay que correr a ponerse en contacto con él, oír su voz, su tono y timbre, su eco angustioso o cínico, agresivo o evasivo, etc. Hay que cazar la imagen que él tiene de sí mismo, captar sus sentimientos de injusticia o de inferioridad, etc. En una palabra la *empatía* es necesaria una vez más. Empatía es una actitud de escucha tan sincera y real que consigue el que tú trates de ponerte en el punto de vista del otro, tomándole en serio, no haciendo otra cosa que escucharle, sin juzgarle ni tratarle de endosar recetas ni tranquilizarle falsamente.

Esta actitud de escucha sincera produce la aceptación del hijo, empieza un milagro, el milagro de que tú le aceptas tal como es, te cae simpático a pesar de sus fracasos y de la rebeldía que tiene contigo mismo. Entonces se produce otro milagro, que él siente tu aceptación y te simpatiza profundamente como nunca lo había hecho. Y desde ese momento tú eres capaz de influir en él sin quitarle su capacidad de decisión. Él será capaz de expresar mejor esos sentimientos que le tienen atado, se clarificará más y más, en diálogo contigo, haciendo tú de espejo reflejante de sus sentimientos. Y finalmente, al conocerse mejor, será más capaz, con tu ayuda y consejo, de orientarse mejor y tomar decisiones válidas acerca de sí mismo y su comportamiento.

En segundo lugar, lo que hay que hacer, mientras se va consiguiendo esa empatía y clarificación interior, es ayudarle en los varios frentes que tiene en peligro o deteriorados. Habrá que enseñarle un poco a estudiar, habrá que llenarle lo más rápidamente algunas faltas de base más urgentes, habrá que ayudarle a encontrar algunos amigos o equipo de trabajo o juego; habrá que darle otro modo y frecuencia de afecto familiar, tratándole de otra forma en casa y en el colegio; habrá que ayudarle a enfocar bien su tiempo libre y a encontrar aficiones que le vayan bien.

Todo esto es lento, pero se puede hacer si trabajan juntos el padre, la madre y el tutor o consejero del hijo en el colegio. El colegio y la familia juntos tienen todos los recursos e ingenios posibles para trazar una recuperación válida.

Todas estas tácticas de cambio ambiental se tienen que hacer al mismo tiempo que se va intentando más y más la empatía. El diálogo comprensivo es muy difícil, pero hasta que no se llega a él no se consigue la recuperación, aunque se le ayuda exteriormente al niño. Ahora bien; esas ayudas de buena voluntad, allanan el camino al corazón del niño. Ve que el adulto lo intenta sinceramente todo y sufre con su sufrimiento (en este caso el fracaso



escolar y los otros problemas que están alrededor), en vez de echárselos en cara. Y al verle a su lado sinceramente de su parte (aunque le tenga que exigir o incluso sancionar), el muchacho terminará entregándose a un diálogo más profundo y claro. Y un día será por fin sincero y dirá la verdad de lo que él siente que le pasa. Pero no sólo basta el diálogo sincero; son también importantes e incluso necesarias algunas ayudas en aquellos puntos más conflictivos de su persona y ambiente actual. No sólo diálogo sino actuación conjunta padres-hijo-educador para mejorar ciertas cosas que le van mal.

Entre estas tácticas de cambio ambiental las más eficaces son aquellas que van en la línea del reforzamiento positivo, es decir, en la línea de procurar pequeños e iniciales éxitos, en la asignatura o materia que falla, o en otra asignatura o actividad distinta, etc. Nadie puede resistir motivado hacia algo si todo son fracasos y en todos los frentes. Son necesarias algunas satisfacciones, al menos en algún área, aunque sea distinta de las académicas. De ahí lo importante de las actividades complementarias o paraescolares.

Otra de las tácticas recuperatorias más interesantes es la de dar al alumno fracasado alguna responsabilidad o cargo de confianza, pues el fracasado ha llegado a creer que toda su persona es poco válida o fiable para el educador o padre. Necesita sentirse persona de confianza e importante a nivel de dignidad humana.

Finalmente, y en esto coincide la pedagogía de todos los tiempos con el humanismo cristiano, uno de los medios más recuperativos de la personalidad es el proporcionar a la persona fracasada la ocasión de sentirse útil a los demás. El arte de saber dar cargos y responsabilidades para sentirse responsables del bien de los demás, es el arte

educativo e higienizante por excelencia.

4) El punto final de estas tácticas recuperatorias es el momento en que la persona se levanta por sí misma y toma el timón de su vida. «Ahora yo solo» — parece decir —; y se desprende poco a poco de esas ayudas que le ofrecen. Y es que la empatía-aceptación-clarificación interior han hecho su fruto por fin. El individuo se hace capaz de autoorientación. Es como cuando se enseña a andar a un niño. «Déjame, ahora yo solo». Y, en efecto, él solo se buscará los medios e instrumentos que más le convendrán para su bien. Será capaz de buscarse la manera de saber estudiar con eficacia, de distribuirse el tiempo más racionalmente, de saber tener tiempo para todo, de tener amigos, y de encontrar el sentido de su vida, sin lo cual es muy difícil entusiasmarse a fondo con una vocación concreta.

Por otra parte, al saber estudiar, se empezarán a recoger los primeros éxitos académicos o al menos la disminución de fracasos; y empezará a entender las materias, única manera de interesarse verdaderamente por ellas y cogerlas gusto, que es la llamada motivación intrínseca del estudio. (En esto es fundamental la ayuda de un profesor que comunique interés y que tenga un método activo y estimulante).

Los resultados de la acción recuperadora

Son muy lentos en aparecer. Arreglar una persona por dentro es algo que sólo puede hacerlo ella misma, con nuestra ayuda y si nos ponemos en contacto empático con ella. Y es algo biológico, lento, como una planta que crece desesperadamente lenta, ante nuestros impacientes ojos de cada

mañana. Tengamos confianza en nuestro planteamiento y no desfallezcamos. El fracaso escolar es una enfermedad complicada. Algunos detalles parece que se pueden arreglar, poco a poco y como las olas del mar, que unas suben y otras bajan sobre la arena, pero en conjunto la marea sube. Así se mejoran las personas. Pero hasta que el niño no madure por dentro, hasta que no se conozca a sí mismo y sea capaz de tomar decisiones maduras, nada es seguro. Atención: hablamos siempre de la madurez y las decisiones propias de la edad.

En todo caso, aunque logremos poco y el muchacho mal que bien se arrastre por la vida escolar y a duras penas vaya pasando los cursos, en todo caso habremos hecho una gigantesca labor de testimonio educativo. «Mi padre estuvo a mi lado, luchó conmigo, sufrió mi problema... Y aunque consiguiera poco en aquel tiempo, esto ha sido una potente luz y fuerza para mi vida...» Con un testimonio educativo así, el hijo podrá sentir que su vida valdrá la pena. Esto es una confesión de un joven recordando los años de colegio. Y de verdad que vale la pena llegar a eso. Con esa empatía y ese luchar a su lado, el padre estaba construyendo el edificio más lento pero más definitivo de la madurez del hijo. Y eso a la larga es plenamente compensatorio. No miremos sólo los objetivos a corto plazo. A veces a corto plazo hay que hacer chapuzas y arreglarse como se pueda. Pero hay que mirar más allá de las narices, a unos horizontes más lejanos que son los que hay que alcanzar.

Hagamos una obra bonita alguna vez. Escribamos una página brillante a propósito del fracaso escolar de los hijos. No nos envenenemos todos. «Mis padres se desesperaron conmigo y se desilusionaron de mí...», eso es desgraciadamente lo que ellos recuerdan de sus padres.

Muchas veces las causas del fracaso son inevitables. Están ya ahí, dentro del niño, dentro de la familia y de la institución educativa. Pero en nuestra mano está la buena reacción. Hagamos una buena obra por fin, reaccionando bien ante el fracaso escolar de nuestros hijos.

NOTA: Si no tienes hijos con fracaso escolar, está en humilde y vigilante espera, con las lámparas encendidas, observando síntomas. Los síntomas no son sólo las notas e informaciones, sino el temple y estilo de vida del chico, sus actitudes, sus amistades, su confianza y diálogo, etc., todo lo dicho anteriormente. Si eso falla pronto vendrá el descenso de motivación y rendimiento. Y entonces «atajar al principio el mal procura —dice un proverbio—; si llega a echar raíz, tarde se cura».



FERNANDO DE LA PUENTE, s. j.
Oviedo, 3-6-79